

VIRGINIO ARIAS

I

El éxito brillante obtenido por nuestro distinguido escultor en la gran capital del arte, durante los últimos años, ha sido últimamente consagrado de una manera definitiva, con la medalla de primera clase que el jurado internacional de la exposición universal de París, ha acordado al autor de «El Descendimiento de la Cruz.» Y para que nuestros compatriotas, estimen en todo su valor el triunfo del escultor nacional, debemos consignar aquí, que la recompensa por él obtenida, es la más alta que se haya asignado á un estatuario en ambas Américas. Su nombre, es pues, un timbre de gloria para Chile.

En las notas que damos á continuación sobre la vida y la obra de nuestro artista, citaremos de vez en cuando algunas líneas de los apuntes que él mismo nos ha suministrado, siempre que creamos dar más realce y vida á este ligero ensayo, con las propias palabras del amigo, en sus confidencias personales. (*)

II

Virginio Arias, nació en 1854 ó 55 en la aldea de Ránquil, provincia de Concepción. Sus padres Fernando Arias y Lorenza Cruz, eran de modesto origen y de muy escasa fortuna.

La muerte del padre, cuando Arias contaba solamente ocho años, hizo mucho más precaria la suerte de la familia.

Después de varias y penosas vicisitudes, Lorenza Cruz, se instaló en Concepción, aprovechando allí, la permanencia de un grupo de pintores y escultores industriales, que bajo las órdenes de Francisco Sánchez, se ocupaban de la decoración de la catedral, rogó al maestro que tomara á su hijo como aprendiz, para «enseñarle á hacer santos.»

—«Mi primera ocupación fué revolver la cola y amasar la greda para mi profesor Chávez»—el escultor de la banda—«Pero mi principal empleo era

comprar la chicha y el aguardiente que corrían de domingo á domingo como arroyos por las gargantas de todos mis superiores y compañeros.»

En esta escuela aprendió Arias sus primeras nociones de escultura, y, como filosofía de la vida, se persuadió de que el objeto del hombre era «divertirse lo más posible y trabajar muy poco.»

La alegre banda pasó de Concepción á varios otros pueblos del sur, en uno de los cuales murió el pobre Chávez, víctima de sus excesos, en los brazos de su aprendiz que pasó á ser su reemplazante. En esta calidad, ejecutó Arias en la ciudad de los Ángeles un «San Sebastián» escultura en madera, que tuvo tal éxito, que despertó la rivalidad entre el cura de este pueblo y el de Yumbel, propietario de otro San Sebastián de gran reputación entre los fieles, pero que vió su milagrosa influencia notablemente disminuida con el triunfo del advenedizo.

El futuro autor de la «Defensa de la Patria» y del «Descendimiento» debió sin embargo dejar la banda de Sánchez, por informalidades en los pagos; y, algo desengañado de la escultura, se retiró á la hacienda de don Anibal Zañartu, en la que vivía una parte de su familia. Allí se dedicó á las faenas del campo, y estuvo dirigiendo una máquina de trillar, bajo las órdenes del señor Zañartu, por quien conserva nuestro artista el más noble y reconocido aprecio.

Pero no era posible, dado el temperamento de nuestro escultor, que permaneciera largo tiempo en el campo, y así fué en efecto. Con el objeto de continuar sus estudios de escultura industrial, se instaló en la ciudad de Talca.

No tardó allí en abrirse paso y, así que hubo reunido algunas economías, se vino á Santiago para hacer estudios artísticos.

Su fuerte naturaleza le permitía llevar de frente sus estudios y los trabajos industriales con que ganaba la subsistencia; no pasando mucho tiempo para llegar á ser el alumno más distinguido de la escuela y captarse la buena voluntad de su maestro el señor Plaza, cuyo notable talento hemos

(*) Todo lo que en este artículo se encuentra entre comillas es tomado de los apuntes de Arias.—P. LIRA.

tenido oportunidad de elogiar en varias otras ocasiones.

En 1874 decidió Plaza hacer un viaje á Europa, á fin de ejecutar allí varias obras importantes que tenía entre manos, algunas de ellas encargadas por el gobierno ó municipalidades chilenas.

Deseoso de servir á su aventajado discípulo, trató de obtenerle una pensión del Estado. La pensión fué prometida, pero bajo la condición de abrir un concurso, siquiera por fórmula y para servir de antecedente. Pero la demora que este concurso habría ocasionado estorbaba los proyectos de Plaza; y, en vista de la necesidad que tendría en Europa de algún empleado de confianza, propuso al joven Arias llevarlo y traerlo por su cuenta, asignándole un sueldo por su trabajo mientras permaneciera en el extranjero.

Arias aceptó sin vacilar; y en junio de 1874, á los veinte años de edad, se embarcó en Valparaíso, llenado el corazón de esperanzas lisonjeras y de juveniles y elevadas ambiciones. No habría podido imaginarse entonces la obstinada y penosa lucha que se le preparaba en la capital del mundo antes de llegar al triunfo que había de completar su carrera y de elevarlo á la altura de una gloria nacional.

III

Los primeros tiempos fueron felices.

Pero no tardó Plaza en verse envuelto en angustiosas dificultades financieras y, un año después de llegar á París, tuvo que volverse á Chile precipitadamente dejando á Arias en Europa con encargo de continuarle algunos trabajos y con sólo doscientos francos que debían servir á nuestro pobre amigo hasta que su maestro le remitiera nuevos fondos.

Entre tanto la situación de éste se hacía á tal punto difícil, que le fué imposible llenar sus compromisos á pesar de su excelente voluntad.

Arias esperó haciendo prodigios de economía, escribió una y otra y otra vez sin obtener jamás una palabra de contestación á sus cartas. El desamparo en que se halló fué tal que—«si por poco no me costó la vida, me costó ocho años de esfuerzos inauditos que estuvieron á punto de comprometer

gravemente mi porvenir como hombre y como artista».

En medio de situación tan angustiosa, el antiguo y distinguido maestro de Plaza, M. Jouffroy, tendió la mano á nuestro amigo «dándome una ocupación en sus talleres y sentándome muchas veces á su mesa entre su mujer y su hija».

Así se salvó Arias de la miseria y continuó sus trabajos.

Pudiendo comprender en tal extremo,

Que nunca en un naufragio falta un remo,
como dice con tanta verdad el ilustre Campoamor.

Y antes de pasar más lejos, queremos consignar aquí los sentimientos de gratitud que siempre hemos oído expresar á nuestro artista respecto á M. Jouffroy, gratitud que manifiesta sus buenas y pundonorosas cualidades.

Por encargo del maestro francés, otro de sus empleados y discípulos, puso al joven Arias en relación con el director de una fábrica de estatuas religiosas, de suerte que nuestro amigo volvió en París á ocuparse del mismo ramo de escultura industrial y mística en que había hecho sus primeros ensayos y descubierto su vocación en Chile.

Pero el fabricante de Europa no se parecía al chileno, por lo que hace á la filosofía de la existencia, y exigía de sus operarios diez horas diarias de trabajo para pagarles seis francos, con lo que Arias se sintió muy contento porque al fin y al cabo, esos seis francos, eran para él la comida y el alojamiento asegurados. Es verdad, que las diez horas de trabajo era preciso aguantarlas, bajo una galería de zinc con un calor de conservatorio y que más duro era todavía soportar al patrón—«judío de maneras brutales y despreciativas con sus obreros, humilde y bajo en presencia de algún eclesiástico ó de las beatas que le compraban los santos.»—pero todo esto era nada comparado con las penalidades anteriores y con el espectro del hambre.

Siempre con sus ideas de artista y sus ambiciones para el porvenir, Arias conseguía robar algunas horas á la fábrica, horas que pasaba en la escuela de Bellas Artes embebido en el estudio de los grandes escultores antiguos y modernos.

A pesar del ímprobo trabajo del día, nuestro es-

escultor encontraba en su entusiasmo las fuerzas suficientes para asistir por la noche á la escuela de las Artes Decorativas.

Por otra parte cuando faltaba el trabajo en la fábrica de santos, Arias se ocupaba en diversos ensayos de arte industrial y buscaba su vida por los medios que encontraba á su alcance.

Así fué como—«trabajé durante algún tiempo en el taller donde se ejecutaban los mármoles de Carrier Belleuse, y justamente me tocó concluir las manos y los pies de una estatua que representa á la República de Chile.....lo que hice con amor y cariño, por ser la alegoría de mi patria.»—Esa estatua forma parte del monumento de San Martín, en la ciudad de Buenos Aires.

IV

En los apuntes que nos ha suministrado nuestro amigo se nota con la mayor evidencia ese sentimiento de satisfacción con que se recuerdan siempre los obstáculos y las amarguras de la lucha cuando ya se ha vencido.

Así es como Arias nos cuenta sus noches febriles en un taller húmedo y malsano que le servía al mismo tiempo de habitación y que concluyó por enfermarlo. Así nos refiere también sus tentativas por entrar en relaciones comerciales con los fabricantes de estatuas de zinc galvanizado. En una de estas ocasiones, después de haber trabajado largo tiempo en una «Bacante», salió con su estatuita bajo el brazo á ofrecerla en el mercado parisiense. En vano recorrió la ciudad en todas direcciones ofreciendo su obra donde quiera que veía una esperanza: al fin del día, con el cuerpo fatigado y el corazón lleno de angustia, tuvo todavía el dolor de ser despedido brutalmente en el último almacén donde se presentó y donde el jefe de la casa, no contento con desecharla su oferta, lo puso de un brazo en la calle.

Mas á pesar de todos los tropiezos y de todos los momentáneos desalientos, la energía de nuestro escultor no se doblegó. Su habilidad en el trabajo y la multiplicidad de sus conocimientos y recursos fueron sacándolo á flote y poniéndolo en situación de acometer grandes empresas.

Entonces era cuando—«la guerra del pacífico tocaba á su fin, y el eco de las victorias de las

tropas chilenas emocionaba mi imaginación con un sentimiento patriótico.»—de aquí la idea de la estatua del roto chileno «La defensa de la Patria.»

Las dificultades materiales que Arias tuvo que vencer para llevar á cabo la ejecución de esta obra fueron inmensas. Sus escasos recursos apenas le permitían pagar modelo, á tal punto que para varios trozos de su estatua él mismo tuvo que hacerse amoldar para servirse de maniquí. El día fijado por el reglamento del salón se acercaba y las fuerzas de nuestro valiente escultor amenazaban sucumbir al peso de la enfermedad antes de concluir su trabajo. Pero la esperanza febril de la victoria redobió su energía y la estatua alcanzó á llegar bastante á tiempo para conquistar un nombre al artista y un nuevo triunfo para Chile.

Sin embargo la *vía crucis* de nuestro amigo debía prolongarse hasta la última hora. En el tiempo que medió entre la conclusión de «La Defensa de la Patria» y su victoria, tuvo Arias el sentimiento cruel de perder á su adorada madre, sin que ésta alcanzara la dicha suprema de ver el éxito de su hijo.

V

La mención honrosa, que puso el sello oficial al aplauso unánime de la crítica y de los artistas, abrió á nuestro estatuario las puertas de una nueva vida del todo opuesta á la anterior.

Él se complace en consignarlo en sus apuntes que tantas veces hemos citado y dice:—«Desde el día que obtuve mi primera recompensa en el Salón de París, excepto algunas pequeñas desgracias de interés secundario, mi fortuna artística, único objeto de mi felicidad, ha ido aumentando acompañada de toda especie de circunstancias que me hacen esperar un feliz porvenir. El mismo día que se publicó en Francia mi pequeño y primer triunfo, un buen amigo, un colega, un compatriota que había obtenido al mismo tiempo otra mención honrosa, me buscó por todas partes donde creía poder encontrarme para felicitarme y darnos un abrazo; pero habiendo perdido la esperanza de verme ese día, escribió con yeso en la puerta de mi cuarto:

«¡Viva Chile! ¡viva el arte!

«Mi querido amigo: he visto al señor ministro de Chile y le he hablado de Ud. rogándole que pase una nota al supremo gobierno pidiendo una subvención para Ud. Vaya mañana á ver á ese caballero.

«Su amigo afmo.—*P. Lira.*»

«Tres meses más tarde comencé á gozar de una pensión de cinco mil francos anuales que me acordó el gobierno por espacio de cinco años.»

Después de algunos meses de holganza y alegría volvió Arias á sus trabajos ordinarios, no ya con el alma oprimida, sino al contrario lleno de vida y de confianza en el porvenir.

Procediendo con toda honradez é inteligencia, se aplicó desde luego nuestro amigo á desprenderse de esa excesiva y engañosa facilidad que se adquiere con el constante ejercicio del arte comercial.

Así lo constata él mismo en estos términos:—«Muchísimo tiempo y empeño me costó deshacerme de la habilidad perniciosa para el verdadero arte que había contraído trabajando en el arte industrial, la que consistía en hacer la mayor cantidad de trabajo posible en el menor espacio de tiempo, de suerte que más trabajaba de imaginación que inspirado por el natural, de donde resultaba un estilo amanerado y falso.»

Siempre asiduo al trabajo, distraído solamente una vez por una pasión de juventud, Arias ejecutó las estatuas de «Riquelme» y de «Aldea» que se le encargaron para el monumento Prat.

La de Aldea y su delicado grupo de «Dánis y Cloe» figuraron en el Salón de París de 1884, en el que obtuvo nuestro artista una nueva mención honrosa.

A estos trabajos de importancia hay que agregar muchos otros de menores proporciones, todos ellos recomendables por más de un concepto y que se encuentran dispersos en nuestro museo nacional y en diversas colecciones de particulares.

VI

Después de la muerte de su primer profesor M. Jouffroy, Arias se ha consultado especialmente con

el notable escultor M. Falguiéro, cuya reputación es ya universal, y ha frecuentado además el taller de pintura del conocido pintor de historia M. Juan P. Laurens.

En la colonia artística americana, él y su amigo el joven y aplaudido pintor venezolano don Arturo Michelena han formado el núcleo de nuestra pequeña falange en París.

La obra culminante de Arias, su «Descendimiento de la Cruz» fué exhibido y coronado con una tercera medalla en el Salón de 1888. Volviendo á figurar ahora en la exposición universal de París, ha merecido en este gran certamen una medalla de primera clase.

El gobierno de Chile se ha apresurado á dar al laureado escultor la acogida que merecía, y ha solicitado del Congreso Nacional los créditos necesarios para comprar el «Descendimiento» y el «Dánis y Cloe» al mismo tiempo que acordaba al autor una nueva pensión de tres años.

No nos detendremos aquí en describir el grupo en cuestión. De este trabajo nos dispensa la reproducción que publica el primer número de la «Revista de Bellas Artes» que se honra contribuyendo así por su parte al éxito de la obra y á darla á conocer á nuestro público.

La crítica europea se ha ocupado antes que nosotros del estudio del «Descendimiento de la Cruz.» Tenemos á la vista numerosos artículos de la prensa, todos conformes en reconocer el mérito del pintoresco grupo de Arias, al que no hacen en resumen más que una sola observación atendible: la completa desnudez de la Magdalena.

Por nuestra parte, siendo este artículo más biográfico que crítico, nos limitaremos sólo á constatar la evolución de progreso que se nota en el talento de nuestro amigo, con una tendencia visible hacia una mayor amplitud y energía en su manera.

P. LIRA.